

A Z O R I N

El maestro Azorín cumplió ochenta años. Toda una vida dedicada con amoroso desvelo al arte, al trabajo, bien merece fervoroso homenaje. Es Azorín por su genio creador por su incomparable estilo límpido, delicado, una de las más descollantes figuras de la intelectualidad española. Su obra, varia e inmensa, le hace acreedor de todos los elogios.

Azorín, el gran maestro del habla española, ha compuesto unos libros de insuperable exquisitez. Ha viajado mucho por tierras patrias y conoce campos, pueblos y gentes de España, de las que nos deja, en su prosa rica y poética, su visión original y certera; vemos pasar en sus escritos un vasto mundo, animado, vivo casi como en una proyección cinematográfica.

Todos los géneros litera-

rios cultiva, desde el periodismo hasta la novela, pasando por el cuento, el ensayo, la comedia; y de todos ellos ha dejado la indeleble huella de su personalidad inconfundible. Nadie como él conoce a los clásicos, de los que ha hecho crítica, vulgarizándolos; nadie como él anima a las nuevas generaciones, dándoles aliento y confianza.

Pero lo que más encanta en Azorín, aparte de su obra, de su purísima dicción es su amor al arte, esa dedicación continua, incansable, poniendo toda su inteligencia al servicio de su trabajo. El mismo lo dice: "El amor del operario a su profesión es lo que más importa en los oficios, liberales o mecánicos. Cualquiera que sea el trabajo que realicemos, grande o pequeño, lo que importa es realizarlo con vivo amor. Un modesto obrero en pobre taller, enamorado de su arte, fervoroso en su labor, es tan admirable —independientemente de la obra realizada— como el más afamado artista."

Azorín es un mago de la palabra, que en su experta pluma es color y musicalidad. El, como ningún otro escritor, está exento de bajas pasiones: por ello sus obras, de un encanto y una dulzura inigualables, pueden ser leídas por todos; son recreo de la inteligencia y fruición del espíritu.

Cumplió ochenta años, sí. Un día se nos irá, tal vez con esa eterna sonrisa que siempre está en sus labios; mas, como consuelo, nos quedará su obra, perennemente joven y jugosa, hablándonos de él, del maestro. Y nunca esta palabra, maestro, ha sido empleada en su más sublime y bella acepción.

Miguel MOLINA

Lucena, 1 de julio de 1953